



TALLER DE TEJIDO

Escriben:

Marcela Bravo, Angélica Geisse, Carolina Jacob
y Marcela Utjes



A modo de presentación

Retazos*

por Naomi Orellana

Días brillantes y días oscuros
melodías que dan piel de gallina
trabajo ¿en qué?
ritmos simples

visualizo sensación de hogar
escucho nostalgia
papá miedo

¿tienen memoria las piedras?
sueño pájaros
una lengua transparente, sin palabras

vinieron a romper
colibríes

me disculpo de antemano
fantastic fungi

regresar a la grieta
cuculíes

un corazón
que solo latía para ella
chalequito
sin mangas
teje
no viendo los puntos que va armando
vertiginoso
frivolité
la ternura
en un nudo a la vez
cubre
sin abrigar

*Poema construido por Naomi Orellana con apuntes de las lecturas del Taller de escritura de Verano.

Participantes AM: Ange Geisse, Marcela Utjes, Marcela Bravo, Yanina Andrade y Carolina Jacob.

Destejiendo

Por Marcela Utjes

Amarillo, azul, blanco. No pegan ni juntan pero ahí aparezco en la foto familiar, con ese detestado repertorio de colores depositado en una trama de hilos que conforman otro chaleco de la Bili.

Era habitual que me tejiera prendas de distintos colores y puntos, que mezclaba a su antojo y paciencia. La paciencia nunca fue característica en ella, como tampoco hacer algo en comunión con otros. Voluntariosa, impetuosa, pasaba como una aplanadora por los deseos y anhelos ajenos, sin evaluar daños, sin asumir culpas, sólo siguiendo su impulso y su beneficio.

“Te hice este chaleco” con el mandato implícito de que debía usarlo y por supuesto, agradecerle el gesto y el tiempo destinado a su obra, porque finalmente esa era su obra y estaba elaborada para ser admirada como ella.

Derecho, revés, derecho, revés. Al revés de su vida, sin un esquema previo, sin una estructura convencional, sin ceder a expectativas sociales ni a lo esperado para una mujer de su época.

Veo la foto familiar con mi chaleco amarillo, azul y blanco, con mi sonrisa congelada igual que la de mi madre, la hija de esa madre que nunca la vió, nunca la esperó, nunca la soñó.

Una tejedora que sólo tomó los hilos de su vida, dando las puntadas al son de un corazón que sólo latía para ella. Su sangre no circula por esos hilos, su historia no nos pertenece, no somos parte de esa trama, sólo testigos complacientes.

“Gracias Bili, me lo voy a poner”.



Texido

Por Angélica Geisse

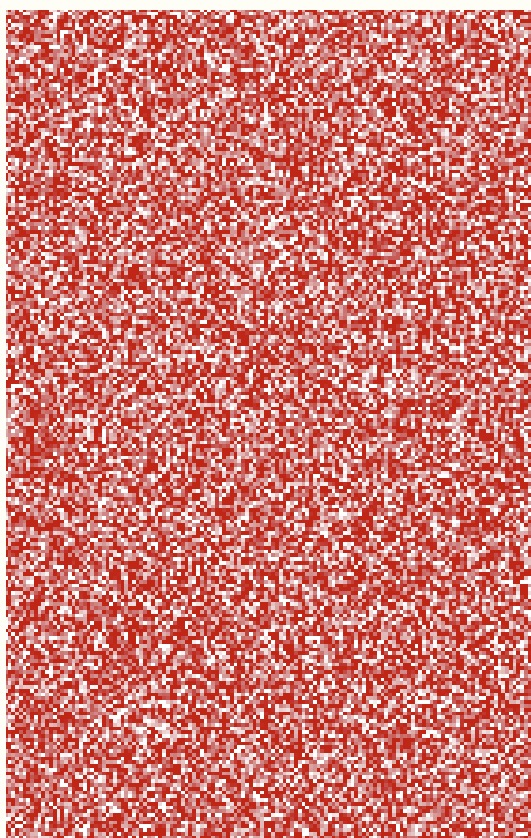
Le pregunto a mi abuela
por qué no me teje un chaleco
sus ojos pegados en un punto fijo de la pared
me responden que sólo teje para niños pobres.

Nunca me tejió, nunca me enseñó.

Desarmo sus palabras,
palabras es una palabra, palabras tiene ocho letras,
letras es una palabra, letras tiene seis letras.

Desarmo sus tejidos
y me quedo con las hebras,
que se convierten en
sonido,
forma,
trazo,
y color.

Desarmo sus palabras,
y me quedo con una hoja en blanco,
un hilo suelto
sin forma,
sin color,
sin trazo.



Puntadas y remaches

Por Marcela Bravo

Mi mamá me enseñó a tejer, pero yo no tejo. Para que me entusiasmara me regaló un par de palillos gruesos de madera. Así inicié un tejido que aguardaba a todas las personas que llegaban de visita a mi casa y quien quería lo cogía y continuaba la trama.

Con el tiempo había crecido y tomaba la forma de una bufanda con los reverses y derechos de cada mano tejedora. Un día, sin previo aviso mi madre desarmó ese tejido colectivo que había surgido espontáneamente en mi casa. En un acto tan delicadamente violento dejaba caer la hebra de lana por el suelo.

Mi madre, capitana de barcos antiguos y sobreviviente de naufragios, confió en marineros que la traicionaron en aguas desconocidas. Tuvo que crecer abruptamente sin reclamar y sin opción alguna. A cargo de una madrina represora y machista que jamás le tejó una prenda.

Mi madre aprendió a urdir puntos tan rígidamente tejidos que cuando no los podía desarmar, se encerraba días tratando de comprender que errores tan fatales había cometido en su trama.

Dueña de un gran corazón, al que no le enseñó a poner límites, así la vi muchas veces zurcirlo cuando ya ni hilo le quedaba

A través de los años he aprendido a leer sus tejidos, dando más lana donde falta y rebelándome con fuerza en su urdimbre todas las veces que ha sido necesario.

Invente mis propias puntadas y remaches. Pero lo que prevalece en mí son sus colores cálidos y vibrantes de esa frazada con cuadritos que tejó cuando era joven, tan pacientemente todas las noches, mientras veíamos la tele.

Tal vez sea tiempo de volver a empezar esa bufanda.



Algodón con poliéster

Por Carolina Jacob

Tengo el cuerpo partido en dos. Una parte flota y da vueltas entre números, letras, horas y ruidos. La otra parte tiene un agujero.

Estoy en una habitación a temperatura perfecta pero aún así siento el frío. Trato de recordar las telas que me han abrigado a lo largo de la vida, pero no encuentro los recuerdos. Este cuerpo húmedo que sufre de calores no logra sentir comodidad entre las telas gruesas. Pero le da frío.

Tengo un agujero en el pecho, que a veces no me deja pensar. Pero cuando pienso dejo de sentirlo, y entonces también dejo de verlo. Pareciera que el agujero se llena de números, letras, horas y ruidos. Pero como todos los agujeros negros su gran fuerza de gravedad absorbe todos los pensamientos y me deja en blanco, o más bien en este caso, en negro.

Recuerdo aquella vez que me invitaron a un grupo de tejido. Decidí tejer una pareja de cojines, color blanco hueso, lana de tres hebras. Solo terminé uno. Hace 6 años que tengo pendiente coserle los botones finales al otro. El “listo” luce en mi sofá, su pareja en cambio sigue esperando las puntadas finales para así poder hacerle compañía.

Tengo un agujero negro en el pecho, y un montón de letras, números y horas en la cabeza.

Tengo el cuerpo partido en dos.

Recuerdo también cuando participé en un taller de bordado. Hice una catrina, colores negro y rosado con pequeñas aplicaciones de lentejuelas doradas. Tampoco lo terminé, lo tengo guardado en una bolsa de tela de saco junto con los palillos, los restos de lana de tres hebras y los botones del cojín sin pareja.

Me cuesta terminar. Pasa el gato por el teclado, también él quiere escribir. Ve mi agujero negro, y le ronronea.

Quizá no puedo terminar nada porque no recuerdo ni un abrigo. Aunque recuerdo uno, de algodón con poliéster. No era mío pero me quedaba perfecto. Es que tú y yo tenemos la misma talla. Algo que no me gusta nada, porque me hace sentir muy grande.

Soy una mujer grande, de cuerpo húmedo y manos frías.

Tengo el cuerpo partido en dos.

Vuelven los números, el ruido, la aspiradora...y ahí está el colgador de ropa chino, descuadrado por el peso de las miles de chaquetas de invierno que jamás nunca voy usar en este país. Ese colgador descuadrado que armaste ¿Por qué a ti nunca te absorbe el agujero negro?

Se despertó el gato, maúlla, se lamé, me mira.

Nunca termino los tejidos, creo que lo mío es más bien buscar los hilos para tirar de ellos y así desarmar los nudos de los ovillos.

Préstame tu polerón de algodón con poliéster, porque hace frío en esta pieza y no recuerdo mis abrigos.





Fanzine Taller de Escritura de Verano 2022